

COMENTARIO DE TEXTOS."AZORÍN" EN EL TOBOSO

Introducción. José Martínez Ruiz, "Azorín" (1873-1967), es un hombre de la periferia que hace de Castilla el centro de su vida y de su obra. Con los "noventayochistas" comparte la preocupación por **la realidad de España** y sus **problemas**, ahondando en su **vida histórica**, en su tradición y en su presente, marcado por la decadencia. Otro tema del grupo **-el Tiempo-** cobra en "Azorín" especiales dimensiones: **el paso del tiempo, como fuerza que lo destruye todo, llena su obra de una melancolía y de un escepticismo muy personales.**

Su prosa, de indudables **calidades líricas**, es modelo de **pulcritud, de tersura**. Extraordinariamente **cuidada**, aúna la sencillez de las frases (escasez de subordinación, tendencia a la brevedad) con una prodigiosa **riqueza y propiedad en el vocabulario.**

La maestría de "Azorín" brilla especialmente en las **descripciones**, cuya nota más visible es la atención al pequeño detalle, una como **precisión de miniaturista**, gobernada por la intención de recoger esas realidades menudas, humildes, pero cargadas de sentido histórico y poético.

En su amplia y variada producción, destacan los libros **sobre paisajes y gentes de España**. Así, **La ruta de Don Quijote** (1905), apuntes tomados por el itinerario de la gran novela cervantina.

Texto.

<<Un silencio profundo reina en el llano; comienzan a aparecer a los lados del camino paredones derruidos. En lo hondo, a la derecha, se distingue una ermita ruinoso, negra, entre árboles escuálidos, negros, que salen por encima de largos tapiales caídos. Sentís que una inmensa sensación de soledad y de abandono os va sobrecogiendo. Hay algo en las proximidades de este pueblo que parece como una condensación, como una síntesis de toda la tristeza de La Mancha. Y el carro va avanzando. El Toboso ya es nuestro.

Las ruinas de paredillas, de casas, de corrales han ido aumentando; veis una ancha extensión de campo llano cubierta de piedras grises, de muros rotos, de vestigios de cimientos. El silencio es profundo; no descubrís ni un ser viviente; el reposo parece que se ha solidificado. Y en el fondo, más allá de todas estas ruinas, destacando sobre un cielo ceniciento, lívido, tenebroso, hosco, trágico, se divisa un montón de casuchas pardas, terrosas, negras, con paredes agrietadas, con esquinzos desmoronados, con techos hundidos, con chimeneas desplomadas, con solanas que se bombean y doblan para caer, con tapiales de patios anchamente desportillados...

Y no percibís ni el más leve rumor, ni el retumbar de un carro, ni el ladrido de un perro, ni el cacareo lejano y metálico de un gallo. Y veis los mismos muros agrietados, ruinosos; la sensación de abandono y de muerte que antes os sobrecogiera acentúase ahora por modo doloroso a medida que vais recorriendo estas calles y aspirando este ambiente.>>

Contenido y estructura.

Decía "Azorín" que *"el paisaje somos nosotros; el paisaje es nuestro espíritu, sus melancolías, sus placideces, sus anhelos..."*. El contenido del texto es tanto un paisaje como una "sensación" personal, lo mirado y la manera de mirar. Por una parte, un pueblo en ruinas y envuelto en un extraño silencio; por otra, la tristeza, la melancolía que empaña los ojos del autor ante los restos del esplendor pasado. Mezcla de lo objetivo y lo subjetivo que caracteriza la visión del paisaje de los autores del 98 (Antonio Machado)

La estructura interna del texto (el desarrollo de la visión) es peculiar: los tres párrafos son como tres **círculos concéntricos**, tres movimientos en torno a los mismos temas centrales. El **primer párrafo** presenta los principales rasgos del paisaje -**silencio, ruina**- y del sentimiento del autor -**soledad, tristeza**-; el **segundo párrafo** insiste en lo mismo, pero deteniéndose en **detalles**; los mismos elementos integran el párrafo final, aunque la sensación que el paisaje produce se hace más intensa. La estructura del fragmento parece responder a una voluntad de **obsesiva insistencia**.

Análisis del texto (Expresión y contenido).

Hay que destacar, en primer lugar, un par de rasgos que se refieren a todo el texto. Azorín emplea el **presente** para acercar al lector a lo que describe. Y a la misma intención de hacer partícipe al lector, responde el uso de las **segundas personas**: *sentís, veis*, etc.

Primer párrafo. *Un silencio profundo reina en el llano.* Es la primera sensación: ese **silencio** (reforzado por el adjetivo y por el verbo) sobre el que "Azorín" volverá en líneas siguientes, se adecua perfectamente con **las ruinas**, segunda nota del texto. La perífrasis verbal *comienzan a aparecer* nos acerca poco a poco hacia el pueblo. Lo que se ve son *paredones derruidos, una ermita ruinosa, tapias caídas*. Los tres adjetivos, sinónimos, inciden con fuerza en la idea de desolación. Paralelamente, los árboles son escuálidos, de escasa vida. Y la única nota de color no puede ser más significativa: **el negro**, pincelada sombría que se repite dos veces y que se hace más patente por el paralelismo de los miembros de frase y por las pausas que aíslan tal adjetivo:

ermita ruinosa, negra
árboles escuálidos, negros

Ante una realidad que parece mortecina, "Azorín" quiere comunicar al lector la sensación íntima (aquí aparecen las segundas personas). Es *una inmensa sensación de soledad y de abandono*. Estos dos sustantivos son claves en las que confluyen los rasgos de silencio y de ruina. La intensidad de la sensación aparece en el epíteto *inmensa* y en el valor progresivo de la perífrasis *os va sobrecogiendo*.

En el paisaje ve "Azorín" toda la tristeza de La Mancha. Pero ¿Todo es "tristeza" en La Mancha? Esta es una de esas generalizaciones en las que es difícil separar lo objetivo de lo subjetivo, la realidad y el estado de ánimo del escritor.

Poco a poco (nueva perífrasis progresiva) el carro *va avanzando*. Nos acercamos con "Azorín" al Toboso; vamos acompañándole como lectores.

El segundo párrafo no añade nada a los temas centrales: detalles, sí. Ejemplo de la técnica descriptiva de "Azorín".

Las ruinas... han ido aumentando. Otra vez, la perífrasis de "ir" más gerundio refuerza la proliferación de las ruinas a medida que avanza el espectador. Observamos además, en esa frase, un procedimiento característico del estilo de "Azorín": las enumeraciones "abiertas", sin la conjunción y (asíndeton), como en la serie de *paredillas, de casas, de corrales*. Entre otros efectos, estas enumeraciones se caracterizan por su tono cansino, a la vez que parecen dejar la frase incompleta, como si aún hubiera más. En este caso, las ruinas parecen inacabables y el tono mencionado se adapta perfectamente a la visión acongojada y melancólica del autor. Nos lo pueden confirmar otras construcciones semejantes en este mismo texto; por lo pronto, la frase que sigue: *veis una ancha extensión de campo llano cubierta de piedras grises, de muros rotos, de vestigios de cimientos*". Y es la misma desolación que se extiende por todas partes. Como se verá, además, los sustantivos y los adjetivos van en la misma dirección que hasta ahora hemos seguido. Y el color es casi igual de parco que antes: ahora, el gris de las piedras.

Las tres frases que siguen vuelven al tema del silencio y de la soledad. *El silencio es profundo*: expresión equivalente a la que encabeza el texto. La soledad es subrayada por la negación enfática *ni un ser viviente*, es ausencia de cualquier signo de vida. Y ese *reposo*, tan denso que parece que se ha *solidificado*, aumenta la sensación de pueblo muerto.

La mirada del autor va más allá de todas estas ruinas, para fijarse en el centro del pueblo. Pero antes, en una oración incisa (con otro caso de asíndeton), se pinta el cielo del atardecer con una larga serie de adjetivos: los dos primeros (*ceniciento, lívido*) corresponden a un tono grisáceo y triste, falta de luz; a la falta de luminosidad añade *tenebroso* unas resonancias afectivas de signo negativo que se harán más notorias en los dos últimos adjetivos, *hosco, trágico*. Han sido cinco pinceladas decisivas para componer un cuadro que nos resulta cada vez más intencionado.

Lo que se divisa al fondo es designado por una expresión peyorativa: un *montón de casuchas*. "Azorín" se demora en su descripción acumulando adjetivos y complementos. Primero, tres adjetivos que siguen en la línea de la parquedad de color: *pardas, terrosas, negras* (el tercero ya aparecía dos veces en el primer párrafo). Luego, una sarta de complementos preposicionales que abundan en el tema de las ruinas: véanse palabras como *agrietas, desmoronados, hundidos*, y las demás. Se trata, por otra parte, de una nueva enumeración "abierta—, en la que son bien perceptibles los valores antes indicados.

Es realmente abrumadora la insistencia con que "Azorín" se detiene en todo cuánto pueda hacernos ahondar en su tema central.

Y la misma insistencia en **el tercer párrafo** (marcada claramente por la y que encabeza las frases). Sigue también la llamada al lector con *las segundas personas*.

De nuevo recoge el silencio, pero aún más intensificado por la repetición de negaciones (*ni..., ni..., ni...*); resulta obsesionante esa ausencia de señales de vida que ya se vio ("*Ni un ser viviente*", en el párrafo segundo). Y vuelven los mismos muros agrietados, ruinosos (reiteración de adjetivos).

Para terminar, se refuerza la impresión: la sensación de abandono y de muerte que antes os sobrecogiera... En el párrafo 1º, la sensación era de **soledad y de abandono**; ahora, de esta última palabra se pasa **a muerte**. Era, en realidad, la palabra que se esperaba; en ella confluye cuanto hemos ido leyendo: todo, desde el principio, parecía llevar la marca de la muerte (ruinas, silencio, todo). Ahora, únicamente, esa impresión se hace explícita. Y más fuerte: se acentúa ahora por modo doloroso. Es, sin duda, el "**dolor de España**" y la tristeza ante el **poder destructor del tiempo** lo que embarga a "Azorín" mientras recorre las calles de ese pueblo fantasmal.

Conclusión.

Con una técnica tan reiterativa, "Azorín" ha trazado una pintura de asombrosas **calidades visuales** que deja traslucir su sensibilidad. Él autor parece mirar no sólo el paisaje, sino su **imagen interior de una España en ruinas**. Es "la España de la generación del 98". La sensibilidad de "Azorín" elabora lo real con una técnica negadora del color, de la luz, del bullir de vida. Las frases, con su ritmo lento, cansino, acentúan el tono de desaliento, de melancolía, de dolor.

No siempre es tan desoladora la visión de "Azorín", aunque en sus páginas abunden muestras como esta. Lo que sí hallamos siempre en el autor es ese admirable estilo, esa prosa ascética, esa precisión en el manejo de la lengua.